

Primer descenso y ascenso por cuerda de la caída libre del Salto Ángel

Por Wilmer Pérez (NSS #66644)

Fotografías de la Colección de Wilmer Pérez, usadas con permiso



La caída libre del salto (807 metros) se ve claramente aquí. Seguido de una sección de pequeñas cascadas que no requiere cuerdas para ser descendida (foto por Thierry Ameller).

El Salto Ángel o Kerepakupai Merú, en su nombre original dado por el pueblo Pemón del sur de Venezuela, es la caída de agua más alta del mundo, 967 metros. Esto incluye 807 metros de caída inicial ininterrumpida, además de 172 metros de una secuencia de caídas menores, que no requieren el uso de cuerdas para descender o ascender. Esto lo confirmé personalmente en mi primera visita a esta cascada en 1971. Así que el Salto Ángel tiene dos récords mundiales: 1) la más alta caída de agua en el mundo y 2) la cascada con la mayor caída ininterrumpida de agua. En agosto de 1989 organicé y dirigí una expedición para descender en un solo paso tal caída, seguido de un ascenso en tándem (dos personas a la vez) de la misma cuerda.

Yo, Wilmer Pérez, un espeleólogo venezolano y miembro fundador de la Sociedad Venezolana de Espeleología (SVE), descendí primero, seguido por Luis Aulestia, un escalador, también venezolano. Después del descenso, un helicóptero nos recogió y subió a la cumbre del Auyantepui, la gran mesa donde nace el río Kerepakupai, el cual forma parte del Salto Ángel. Allí

establecimos un campamento para comer y descansar. A la mañana siguiente el helicóptero nos bajó de vuelta a la base de la cascada a donde habíamos llegado en rapel el día anterior. Me conecté a la cuerda con un sistema de jumares, unas piezas de metal que pueden deslizarse sobre la cuerda en un solo sentido, y subí unos 40 metros. Cuando vi que avanzaba sin dificultad, llamé a Luis para que se conectara debajo de mí, para ascender en tándem. Nos tomó tres horas y media para llegar a la cumbre otra vez.

Nuestro equipo de soporte incluyó a: Thierry Ameller (fotógrafo profesional, quien tomó la mayoría de las fotos en el viaje), Axel Márquez (arquitecto y jefe de

cocina), Raúl Febles (espeleólogo, publicista y camarógrafo), Fabio Anteri (camarógrafo), Pedro Ruiz (mi sobrino y experto en el establecimiento de plataformas en la canopia de la selva), Jose “Pepe” Lerone (ingeniero y compañero de vuelo en alas delta), Julio Castro (también piloto de alas delta y con extensa experiencia en montañismo), e Ygor Almeida (espeleólogo, piloto de helicópteros y paracaidista de salto BASE). Todos ellos esperaban que finalizáramos el ascenso, para celebrar el resultado de todo el esfuerzo invertido en esta expedición.

¿Por qué el Salto Ángel?

En Venezuela, cuando comenzamos la educación primaria, las tres cosas que aprendemos primero son: los colores de la bandera nacional, que Simón Bolívar nos libró de España, y que el Salto Ángel es la catarata más alta del mundo. En 1964, cuando yo tenía 14 años, mi padre me llevó a conocer la selva nublada de Guayana, en el sur de Venezuela. Él era parte de un grupo de ingenieros, mecánicos y personal militar encargados de transportar maquinarias a bordo de un enorme avión militar C123, para construir una carretera a través de la selva y conectar El Dorado, un pueblo a orillas del río Cuyuní, en un claro del bosque, con Santa Elena de Uairén, en la frontera con Brasil. Un día me llevó a La Escalera, un promontorio de granito que sobresale por encima de los árboles y me dijo:

–Si sigues una línea recta desde este punto, te encontrarás al Salto Ángel, a 120 kilómetros de aquí.

En febrero de 1971 participé en la primera expedición de la Sociedad Venezolana de Espeleología, buscando cuevas en tepuyes, el término indígena que describe las mesas de cumbre plana de la Formación Roraima, en el sur de Venezuela. El avión DC3 de carga voló sobre el Cañón del Diablo donde se encuentra el Salto Ángel, pero no pudimos verlo debido al mal tiempo. Pero un mes más tarde, el 10 de marzo de 1971, Carlos Bosque, un biólogo y compañero espeleólogo me invitó a una expedición a la base del Salto Ángel.

Aterrizamos en Canaima, muy cerca de la confluencia del río Carrao con el río Caroní. Allí viajamos usando curiaras (canoas), inicialmente por el río Carrao, y después siguiendo por el río Churún hasta llegar a la unión con el Kerepakupai, el río que desciende de la parte alta del Auyantepui, formando el Salto Ángel. Nos tomó cinco días llegar allí debido al descenso de las aguas del Churún, que nos obligó a empujar las curiaras a través de innumerables rápidos. Hicimos un campamento usando hamacas y temprano en la mañana caminamos cerca de dos kilómetros dentro de la selva en dirección al Salto Ángel, que estaba justo enfrente de nosotros. Seguimos ascendiendo entre las rocas del Kerepacupai, aunque no necesitamos usar cuerdas. Finalmente llegamos a las paredes cóncavas de la base del Auyantepui metidos dentro de la lluvia fuerte de la cascada. ¡Estábamos tomando un baño en el Salto Ángel!

En 1982, durante una reunión de la Sociedad Venezolana de Espeleología, en la cual revisamos fotos aéreas del Auyantepui, notamos una profunda sima a unos cinco kilómetros al sur del Salto Ángel. Organizamos una expedición y fuimos allí en helicóptero. Hicimos el primer descenso de la Sima Aonda, una caída abierta en la arenisca de la Formación Roraima, que eventualmente midió -387 metros (SVE 1983). Para 1986 y 1987, un grupo de espeleólogos de la SVE con experiencia en trabajo vertical, habíamos explorado y levantado topográficamente una serie de simas muy

próximas al Salto Ángel. Empezamos a contemplar que la caída vertical del Salto Ángel se podría descender con cuerdas.

En la expedición espeleológica al Auyantepui en 1986, yo fui el último en ser transportado a la cima de la mesa. El piloto se desvió de la ruta esperada y se fue directo al Salto Ángel. Aterrizó a pocos metros de la caída, y manteniendo el helicóptero encendido me gritó:

–¡Corre hasta el Salto y ve si lo puedes bajar!

Salté a tierra y corrí hasta la caída de agua.

–¡Esto es impresionante! –me dije. Me fijé en las rocas que rodean el salto. Identifiqué por lo menos tres puntos donde podría fijar una cuerda para bajar el salto desde un solo anclaje. Corrí de vuelta al helicóptero y el piloto despegó inmediatamente en dirección hacia Sima Aonda, donde teníamos nuestro campamento.

–¿Qué te parece? –me preguntó –. ¿lo podrías bajar?

–¡Sí, claro! –le respondí –¡Sería como bajar Sima Aonda, con agua al lado!

–El piloto se rio–. No le digas a nadie que te traje aquí. No quiero perder mi empleo.

–No te preocupes –le dije, inmensamente agradecido.

En 1988 fui invitado a ser parte de un grupo de apoyo a cuatro paracaidistas, que harían un salto BASE desde la cumbre del Cerro Autana. Allí pude hacer el primer salto con un parapente desde un tepui. Allí también, con mi amigo Ángel “Chuti” Martínez hicimos el primer salto con alas deltas desde el Autana, aterrizando en una aldea indígena Pemón, en la base de la montaña. Allí me encontré con Luis Aulestia, con quien poco después participaría en el descenso de la Sima Mayor del Sarisariñama, otra sima de arenisca de -314 metros. Unos meses después recibimos una invitación de un Guía de Turismo quien traería a un grupo de los Estados Unidos que querían descender el Salto Ángel. Nos invitaron a Luis y a mí a presentar un presupuesto para que coordináramos la logística de esa expedición.

Así hicimos, pero unos meses más tarde, en 1989, recibimos una carta del mismo guía turístico indicándonos que nuestra propuesta no había sido aceptada. Pocos días después llamé a Luis y le dije que yo tenía toda la experiencia para descender el Salto Ángel. Solo necesitaba dinero. Luis me dijo:

–Cuenta conmigo. Yo lo consigo.

Luis me llamó a las dos semanas.

–Ya tengo el dinero. Le presenté el plan a Alexander Elorriaga, el presidente de Epsom de Venezuela y le encantó el plan. El financiará la expedición.

–Perfecto, Luis –le respondí–, yo me encargaré de todos los detalles técnicos del descenso y ascenso y tú te encargas del dinero y la logística.

–De acuerdo –respondió Luis.

Sabíamos que el grupo estadounidense vendría en octubre de 1989, así que nosotros apuntamos a agosto de ese año para hacer nuestro descenso. No había tiempo que perder.

Tomé un avión de Caracas a Miami y de allí, otro hasta Atlanta en el estado de Georgia. Allí agarré un autobús y crucé el estado de Tennessee, hasta llegar a Lafayette, un pueblito de unos 2000 habitantes, cerca de la frontera con Kentucky. Allí están las oficinas de PMI (Pigeon Mountain Industries), una compañía relativamente nueva en la manufactura de cuerdas, con una buena fama entre exploradores de cuevas y grupos de rescate. No les dije exactamente cuáles eran mis planes, pero hice

innumerables preguntas acerca de su cuerda estática Max Wear Pit Rope de ½ pulgada que ellos consideraban como la más fuerte en el mercado. Discutimos no sólo su punto de ruptura sino su resistencia a la abrasión, a la luz ultravioleta y sus características cuando está mojada. Después de innumerables explicaciones técnicas, pensé para mis adentros –esta es la cuerda que necesitamos. Ordené 1100 metros. Además, les pregunté la experiencia de los exploradores de cuevas verticales en los Estados Unidos con esta cuerda. Me recomendaron que comprara el libro *On Rope* de Allen Padgett y Bruce Smith. Así hice y para el momento de aterrizar de vuelta en Venezuela, me había leído el libro completo.

Sábado, 19 de agosto de 1989

Salimos del Aeropuerto Internacional de Maiquetía donde tomamos un vuelo comercial hasta Ciudad Bolívar, la capital del estado Bolívar, donde se encuentra el Auyantepui. Allí nos encontramos con el resto de los participantes en la expedición. El avión de la Línea Aeropostal Venezolana voló al lado del Salto Ángel y eventualmente aterrizó en Canaima, a orillas del río Carrao, donde unos vehículos Toyota de Canaima Tours estaban esperando por nosotros. Mary García, la dueña de esta compañía de turismo, estuvo allí para recibir al grupo. También contratamos un avión más pequeño, un Caravan de Aerotuy, para ayudar con el transporte del equipo. Antes de aterrizar, Ygor Almeida saltó en paracaídas desde ese avión para unirse a nosotros. Canaima Tours nos trató como reyes. En la tarde usamos el tiempo libre para revisar el equipo de ascenso y descenso que usaríamos una vez en el tope del Auyantepui. En la noche dormimos en hamacas en el salón de recepción de Canaima Tours.

Domingo 20/8/89

Poco antes del amanecer abordamos varios Toyota, con todo nuestro equipo para vadear una serie de cascadas del río Carrao y llegar a su parte alta para equipar los botes. Cargamos tres curiaras grandes con motores fuera de borda. Fabio Anteri y Raul Febles filman. Thierry toma fotografías. La navegación por el río Carrao no tuvo inconvenientes, pero una vez que entramos al río Churún, que viene del Cañón del Diablo, los problemas comenzaron. A pesar de que estamos en la mitad de la estación de lluvias, las aguas del río Churún están muy bajas y tenemos que lanzarnos al río frecuentemente para halar y empujar las canoas. Finalmente, exhaustos, llegamos a las 8 pm a un campamento provisional justo enfrente del salto Ángel.

Lunes 21/8//21

Pasamos el día esperando al helicóptero. Usamos el tiempo de espera para revisar y ordenar nuestro equipo. Hay ansiedad en el grupo. Si no hay helicóptero no hay expedición.

Martes 22/8/89

El helicóptero llega al amanecer. Tenemos todo listo así que hacemos varios viajes desde la confluencia del Kerepacupai con el río Churún, donde dormimos, hasta la cumbre del Auyantepui. Allí hicimos un campamento muy cerca del salto. Establecimos la cocina bajo la dirección de Axel Márquez. Montamos nuestras tiendas personales y entonces el helicóptero transportó el pesado rollo de cuerdas hasta el borde de la

caída. Decidí usar exactamente el mismo sistema de anclaje de la cuerda como está descrito en el capítulo de Grandes Caídas en el libro de Padget y Smith *On Rope*. Mis compañeros me permitieron tomar todas las decisiones acerca de la parte técnica de cómo hacer el descenso y ascenso del salto gracias a mis años de experiencia en grandes descensos en cuevas. Eso me dio una gran libertad. También leí el artículo publicado por Dan Twilley en el boletín de la National Speleological Society de julio de 1988 donde se describe en detalle el descenso del Half Dome y El Capitán, dos grandes acantilados en Yosemite, California. Así que copié exactamente su sistema de anclaje. Luis y yo nos montamos en el helicóptero, para definir mejor donde poner la cuerda y evitar la fricción con la roca arenisca. Ygor Almeida se nos acercó y dijo: – Ustedes no necesitan un helicóptero para decidir dónde conectar la cuerda. Vengan conmigo.

Lo seguimos, caminando hasta una gran prominencia rocosa a la derecha del salto. – Aquí es –dijo.



El timón de metal ya ha sido instalado y conectado a un rack de metal para poder hacer descender la cuerda hasta el final de la caída libre del salto. La roca es arenisca y las plantas son Bromeliaceae (foto por Thierry Ameller).

Agarré una cuerda y le conecté una bolsa de nylon en la punta y la hice descender a lo largo de la pared de roca por unos 20 metros. Ni la bolsa ni la cuerda tocaron la pared de roca. Ygor tenía razón. Pepe Lerone comenzó de inmediato a establecer un sistema de poleas para manejar el enorme peso de la cuerda. Pepe diseñó y construyó un “timón” de metal para anclar la cuerda, desplazando los nudos a otro anclaje, como ya había leído en el libro *On Rope*.

Pedrito me vino a ayudar para fijar el “timón” a la roca. Usé mi martillo de cuevas con un buril para abrir cuatro huecos en la dura arenisca de la formación Roraima. No usamos un buril mecánico. Pedrito me pasó 4 tornillos Petzl Spitz para fijarlo. Cada tornillo necesitó 20 a 30 minutos para instalarlo. Después de unas dos horas el timón estaba bien fijo. Entonces tomamos la punta de la cuerda PMI de 1100 metros de largo y la introducimos a través de las barras de un rack de rapel de acero de 53 centímetros y la pasamos sobre un “roller” (un protector de la cuerda, de metal) en el borde de la caída. Al ver que todo estaba bien, bajamos la punta de la cuerda hasta la base de la cascada. Pepe Lerone y yo tomamos el helicóptero y bajamos allí de nuevo. Confirmamos que la cuerda había llegado y la amarramos a tres grandes rocas.



Wilmer agarra la porción inferior de la cuerda. Pepe Lerone está detrás. La caída de agua está oculta en la parte derecha de la fotografía (foto por Thierry Ameller).

Estábamos preocupados con los fuertes vientos que se forman en el cañón de la cascada que podrían lanzarnos contra la pared durante el descenso y ascenso. No muy lejos de las rocas donde fijamos la cuerda están los restos de un helicóptero que fue atrapado por esos vientos en 1987 y terminó en catástrofe después de dejar a un paracaidista de salto BASE en la cumbre.

Miércoles 23/8/89

Estamos listos para descender pero Thierry, Raúl y Fabio consideran que la luz no es adecuada para filmar. Decidimos posponer para el día siguiente. Luis y yo sacamos dos juguetes que teníamos escondidos en nuestras tiendas: parapentes. Agarré el mío y abrí la canopia sobre las plantas bromeliáceas a unos 7 metros del borde de la caída. Revisé las líneas de nylon una a una desde la canopia al arnés. No usamos paracaídas de emergencia. Halé la canopia y corrí lo más rápido que pude, saltando por encima de las plantas y me lancé al vacío. Súbitamente, sentí que ya estaba volando. Me volteé 180 grados y vi la pared. ¡Primer salto en parapente desde el salto Ángel! Me dirigí hacia la derecha y a los pocos minutos Luis se

me unió, saltando con su parapente y volamos sobre el más extraordinario espacio que existe: el Cañón del Diablo. Aterrizamos al borde del río, cerca de nuestro campamento en la confluencia de los ríos que vienen del Salto Ángel y el río Churún. Vino el helicóptero y nos recogió. De vuelta a la cumbre del Auyantepui.

Jueves 24/8/89

Revisamos todo el sistema en detalle: las poleas, las cuerdas, los tornillos de anclajes, el "roller," los nudos en forma de 8 al final de todas las cuerdas. Pepe Lerone y Pedrito están a mi lado y me hacen preguntas, como hacen los pilotos de aviación antes de un vuelo:

–¿Estás listo? –me preguntaron.

–Si –les respondí.

–Conéctate a la cuerda, con tu jumar –me ordenaron al mismo tiempo que me ofrecieron la punta de una cuerda de colores.



Wilmer comienza el descenso. El "roller" protector de metal tiene tres cuerdas de diferentes colores. La blanca es la cuerda que descenderemos. El Salto Ángel está en la parte posterior (foto por Thierry Ameller).

–Listo –dije.

Pepe conectó un mosquetón a mi arnés de cintura y dijo:

–Te vamos a estar sosteniendo con esta cuerda. Aunque entres en pánico, abras tus manos y sueltes la cuerda, te podemos halar sin dificultad y traerte arriba, siempre que estés conectado a esta cuerda –me dijo con firmeza Pepe, mirándome a los ojos.

–¡Ja, Ja! Trataré de no entrar en pánico –le dije.

Le pedí a Pedrito y a Pepe que removieran las poleas que sostienen el peso de la cuerda principal. Así lo hicieron y sentí de inmediato la enorme presión sobre mi sistema de descenso. Me pareció que la cuerda de nylon se había transformado en un alambre de acero. Removí el último cordón umbilical: la cuerda de seguridad. Estaba de mi cuenta, sin vuelta atrás. Cuando uno hace largos rapeles apoyados contra una pared de roca, tienes la oportunidad de detenerte, conectarte a la pared para descansar y abortar el descenso si es necesario. En mi caso no tenía esa opción: las paredes de roca del Salto Ángel son cóncavas y a medida que desciendo se alejan cada vez más de mí.

–No hay vuelta atrás –me dije.

Empecé a descender fácilmente por unos 20 metros hasta que dejé atrás la gran roca donde establecimos nuestro único anclaje. El clima es perfecto. Puedo ver las aguas del Salto Ángel cayendo a mi lado y mandando una fina lluvia fría como una brisa moderada. Puedo ver a Thierry parado en el ski del helicóptero, pasando a mi lado, tomando fotos. Una hora y 5 minutos más tarde puse mis pies en la base del Salto Ángel. Estaba completamente mojada y tenía frío. Me desconecté de la cuerda sin dificultad, caminé hacia el lado izquierdo del salto donde no caía agua, saqué el radio de mi morral y llamé a Luis:

–Luis, es tu turno.

Una hora más tarde pude ver a Luis, mecido por el viento como colgando del hilo de una tela de araña, pero descendiendo sin dificultad. Después de ayudarlo a desconectarse de la cuerda, llamé por radio al helicóptero. El piloto nos dijo que le

parecía muy tarde para que nosotros empezáramos a subir la cuerda. Así que nos recogió y llevó al campamento en la cumbre.

Viernes 25/8/89

Desafortunadamente hoy tenemos clima de tormenta. Revisamos nuestro equipo de ascenso. Tres Gibbs “ascenders,” uno en cada pie y otro conectado a la cintura para halar con las manos. Un Petzl croll, también en la cintura. Usamos un Simmons Roller en el pecho para mantenernos cerca de la cuerda durante el ascenso en vez del ascenso “de rana” usado comúnmente por los espeleólogos europeos pero que no es muy eficiente en grandes ascensos como éste. Rosbitt González, un compañero de vuelos de ala delta, nos construyó con cintas de nylon, cosidas a máquina, los conectores de los Gibbs “ascenders” desde los pies a la cuerda.

–Rosbitt, ponemos nuestras vidas en tus manos. Si esas costuras fallan, estamos muertos –le dije medio bromeando, pero sabiendo que era la verdad.

–¡No te pongas dramático! ¡Libera tu mente! –me respondió.

Todo el sistema hecho por Rosbitt funcionó perfecto.

No podíamos ver la base del Salto. Sólo nubes negras.

–Wilmer ¿quieres cancelar? –me preguntó el Capitán Tallaferro, el piloto del helicóptero

–No –le respondí.

–Okey, vámonos. Móntense en el helicóptero –nos ordenó.

Y volamos de nuevo a la base del salto.



Wilmer le toma una foto a Luis con el fondo rocoso del salto a unos 400 metros más abajo (foto por Wilmer Pérez).

Ha estado lloviendo sobre el Auyantepui y la catarata está enorme. Una lluvia impresionante nos cae encima. Conecté mi sistema a la cuerda: primero los Gibbs a ambos pies, luego el Petzl croll en mi cintura, luego el tercer Gibbs. Luis sostiene la cuerda para permitirme ascender más rápido. Después de unos 20 metros de ascenso, me siento bien comfortable, así que llamé a Luis:

–Conéctate a la cuerda. Vamos a subir juntos.

Así hizo y continuamos subiendo en tándem sujetos a la misma cuerda. Rápidamente mantuvimos el compás y nos dirigimos a una nube gris oscura de la cual parecía guindar la cuerda. Volteé hacia abajo y vi la cara de Luis. Lucía sonriente y relajado. – ¡Perfecto! –me dije. Continuamos ascendiendo la cuerda en dirección a la oscura nube. Una vez dentro de ella fuimos golpeados por fuertes vientos y en la oscuridad no podía oír ni ver a Luis.

–Espero que todavía esté pegado a la cuerda debajo de mí –pensé. Súbitamente, emergí por la parte superior de la nube y unos minutos después vi a Luis, también saliendo.

–¡Epa, Luis, vamos a almorzar!, le grité–. Acércate un poco.

Así hizo y compartimos los sándwiches que nos preparó Axel Márquez y que nos supieron a gloria. Continuamos “jumareando” y después de 3 y media horas de ascenso, una docena de manos nos halaron sobre la roca, nos desconectaron de las cuerdas y nos llevaron como rehenes hasta el campamento para celebrar tomando ron y una cena extraordinaria preparada por Axel.

Sábado 26/8/89

Desmontamos el campamento y empaquetamos todo para ser transportado por el helicóptero de vuelta al campamento en el Río Churún. Luis Aulestia tiene la responsabilidad de recuperar la cuerda y bajarla conectada al helicóptero, una tarea nada fácil. Volamos directo a Canaima.

Domingo 27/8/89

Vuelo comercial a Ciudad Bolívar y Caracas.



De izquierda a derecha: Thierry Ameller, Axel Márquez, Ygor Almeida, Julio Castro, Wilmer Pérez, Raúl Febles, Luis Aulestia, Fabio Anteri, Pedrito Ruiz, José Pepe Lerone. Todos en la cumbre del Auyantepui (foto tomada por Thierry Ameller).

31/7/2018

Con mi esposa y tres hijos, todos miembros de la National Speleological Society, asistimos a la Convención Anual del 2018, en Helena, Montana, y allí se me acerca Bruce Smith, coautor del libro *On Rope*. Me preguntó cuán difícil había sido descender y ascender la cascada más alta del mundo:

–Muy fácil, Bruce –le respondí–. Simplemente seguí al pie de la letra las instrucciones de tu libro.

Él se rió y me firmó la segunda edición de *On Rope*, que compré como recuerdo de este encuentro.



Comentario por María Alejandra Pérez (NSS # 53594, NSS Fellow desde 2015)

Wilmer Pérez, mi padre, se inició en la espeleología con tan solo 14 años y participó en la fundación de la Sociedad Venezolana de Espeleología (SVE) en 1967, cuando tenía 19 años. Esta organización, que aún existe hoy, ha desafiado las expectativas con su productividad, longevidad e incluso su impacto regional más allá de Venezuela. Por ejemplo, su *Boletín de la Sociedad Venezolana de Espeleología*, una revista de investigación arbitrada, fue durante años la publicación más importante de este tipo, en español, en las Américas. Papá fue uno de los exploradores y cartógrafos más activos del grupo hasta que emigramos a los EE. UU. en 1991, pero incluso después de eso, participó en un par de expediciones importantes durante largos viajes a Venezuela. En 2002, me uní a mi padre en una expedición de la SVE en el noreste de Venezuela. Este viaje cambió no solo el tema de mi tesis sino también mi vida. Después de eso, mi



De izquierda a derecha: Erik Rader, Bianca Lucía Rader Pérez, Carlos Luis Pérez, Mirza Pérez, Andrea Sofía Rader Pérez, María Alejandra Pérez y Carmen Elena Rader Pérez, en Tennessee (foto por Wilmer Pérez).

investigación se centró en una investigación etnográfica e histórica de la espeleología, primero en Venezuela, Cuba y, más recientemente, en los Estados Unidos continentales y Puerto Rico. En mi trabajo es fundamental el papel de la espeleología en la formación de las identidades de sus practicantes, quienes, a su vez, anhelan y literalmente crean—a través de mapas, estudios científicos, archivos—geografías alternativas locales, nacionales y regionales (puede leer más sobre mi investigación en www.geo.wvu.edu/~mperez). En repetidas ocasiones he encontrado conocimiento en el poder de las cuevas para recopilar múltiples historias y dimensiones superpuestas y en ocasiones conflictivas, muchas de las cuales los mismos espeleólogos estudian, a menudo como vocación, desde perspectivas geológicas, biológicas o arqueológicas. En el proceso, incluso he aprendido más sobre la vida de otros parientes espeleólogos. La hermana de mi padre, Norka, fue miembro de SVE durante un breve

período en la década de 1960. El otro era Juan Antonio Tronchoni, fundador clave de la SVE, presidente durante mucho tiempo y padrino adorado.

También en los Estados Unidos tengo una familia espeleológica. Considero a muchos miembros de NSS mis más queridos mentores y amigos. Mi doctorado fue mi "Salto Ángel". ¡Me llevó de abajo hacia arriba! Estoy feliz de decir que acabo de lograr mi promoción a profesora asociada en el Programa de Geografía de la Universidad de West Virginia. En cada paso del camino, los espeleólogos estadounidenses han estado allí para apoyarme. Todavía recuerdo haber conocido a Rane Curl en Michigan, quien rápidamente me animó a ir a Mammoth Cave y tomar esos maravillosos cursos de Estudios de Campo Karst de la Universidad de Western Kentucky. Tuve instructores de ensueño como Art y Peg Palmer, Stan Sides y Pat Kambesis. Mientras vivía en Iowa, el antiguo presidente de Iowa Grotto, Mike Lace, me presentó a mí, a mi esposo Erik y a mi hija pequeña Andrea algunas de las maravillas subterráneas del estado. Mis ahora 3 chicas llaman a Mike "Tío Mike". Conocí a George Veni en 2007 en Aguadillas, Puerto Rico, y no importa lo ocupado que esté, siempre tiene tiempo para responder mis extravagantes preguntas antropológicas. Más recientemente, Dwight Deal y John Wilson se han convertido en increíbles amigos y mentores. He aprendido mucho de las

agudas ideas sociológicas de John sobre ustedes, locos espeleólogos. Sí, esa es mi conclusión antropológica oficial.

Mi primera convención de NSS fue en 2004, en Marquette, Michigan. ¡Solo me tomó 14 años convencer a mi padre de que finalmente viniera a la convención! Le gustó tanto en Helena que se inscribió en la de Tennessee al año siguiente. Sí, toda la familia estaba acampando durante ese tormentoso evento: mi esposo Erik, nuestras niñas Andrea, Bianca y Carmen, mi maravillosa mamá Mirza y mis hermanos Carlos Luis y Carlos Eduardo. Ese fue un evento particularmente especial porque durante el banquete fui honrada como Fellow de la NSS. Es genial que mamá y papá estuvieran allí.

Por supuesto, estoy entusiasmada de que papá, que acaba de retirarse de una carrera bastante ocupada como médico, finalmente esté escribiendo sobre sus increíbles experiencias como espeleólogo y como amante completo de esta Tierra. Si disfrutó de su relato sobre el Salto Ángel, prepárese, porque está trabajando en mucho más.

[Nota: también comparto con ustedes un par de referencias. En 2007, la SVE publicó en inglés un muy buen resumen de sus 40 años de actividades en Venezuela. No es ningún secreto que Venezuela atraviesa un momento realmente difícil en este momento, pero la SVE se mantiene activa gracias al liderazgo de su primera mujer presidenta, la geóloga Dra. Luz María Rodríguez. Puede ponerse en contacto con el grupo a través de su sitio web: www.sve-espeleologia.org.ve. No hace falta decirlo, pero lo digo de todos modos: Venezuela no es *terra nullius*, así que comuníquese con los espeleólogos locales antes de planificar su viaje. Los miembros de SVE y otros espeleólogos venezolanos, a veces con grandes colaboraciones internacionales, ya han explorado y mapeado cientos de cuevas, y el trabajo en curso permanece, incluso en los momentos más difíciles].

Referencias citadas

Herrera, F., Urbani, F., Astort, J., Carreño, R., Vilorio, Á., Galán, C., Scaramelli, F., Tarble, K., & Rincón, A. (2006). Sociedad Venezolana de Espeleología 2007: Profile of Structure, History, Activities, and Explorations. *Boletín de la Sociedad Venezolana de Espeleología*, 40, 4–11.

SVE. (1976). Bo.1 - Sima Mayor de Sarisariñama. *Boletín de La Sociedad Venezolana de Espeleología*, 7(13), 86–87.

SVE. (1983). Bo. 8 - Sima Aonda. *Boletín de la Sociedad Venezolana de Espeleología*, 20, 43–45.